

La felicidad. Por Javier Estévez

lunes, 29 de junio de 2009

Modificado el sábado, 11 de julio de 2009

La felicidad Javier Estévez

Coincidimos en el encuentro de las calles de Enmedio y Canónigo Gordillo, allí- donde la ferretera hace esquina. Siempre fue una mujer divertida, fumadora hasta el fin, admirable, risueña y simpática como pocas he conocido, a la que le entraba la risa en medio de una regañina "y entonces estaba perdida". Cuando tuve cuatro años, fue ella quien me enseñó a leer y escribir. Tras un pequeño diálogo intrascendente, con sus maneras suaves y algo distraídas, con su expresión afable y hablar pausado, me preguntó: ¿Eres feliz?. Y no me mientas, que a los ancianos no hay quien nos engañe.

La felicidad Javier Estévez

Coincidimos en el encuentro de las calles de Enmedio y Canónigo Gordillo, allí- donde la ferretera hace esquina. Siempre fue una mujer divertida, fumadora hasta el fin, admirable, risueña y simpática como pocas he conocido, a la que le entraba la risa en medio de una regañina "y entonces estaba perdida". Cuando tuve cuatro años, fue ella quien me enseñó a leer y escribir. Tras un pequeño diálogo intrascendente, con sus maneras suaves y algo distraídas, con su expresión afable y hablar pausado, me preguntó: ¿Eres feliz?. Y no me mientas, que a los ancianos no hay quien nos engañe.

La felicidad, esa gran palabra, es un concepto equivoco. Y aunque la canción diga que bonito nombre tiene, es una entequeia que puede causar daño y angustia. Si algo he aprendido con la edad es que en el terreno de la felicidad no existen ni fórmulas magistrales ni consejos infalibles. Cada cual ha de buscarse su felicidad como pueda.

No deja de ser sintomático que seres humanos que aún andan por el mundo desnudos y desposeídos de casi todo, como los pigmeos africanos o los yanomami amazónicos, no tengan en su vocabulario la palabra felicidad. No la necesitan. Mientras, en nuestra moderna sociedad, las enfermedades psicológicas, la ansiedad, la angustia o la depresión van en aumento. La obligación de ser felices nos convierte en infelices patológicos, a pesar de que hoy presumamos de tener muchas cosas que aparentemente nos deberán procurar la ansiada felicidad.

La conversación pronto finalizó. La esperaban en su casa y hacia ella se dirigí caminando por una acera tan estrecha que era tan ancha como ella. Dejé que se alejara unos metros y la observé marchar despacio hacia la calle del Agua, mientras el bastón en el que se apoyaba le imprimía una cadencia sonora y una serena dignidad a su vejez. Entonces, no sólo aún bien porqué, pensé que quizás la felicidad no es un lugar al que llegar; es más bien una manera de andar.